Lona

(Por Lucio Schwarzberg) **Lona.** 1. Lienzo de tela gruesa, tejido en algodón y estampado con colores vivos, que en la playa usan los solitarios para depositar el bolso y el cuerpo.

La lona se pliega en seis u ocho partes se porta en el sector superior del bolso playero (*¿dónde mierda está esa lona?*).

Elegido el territorio de inercia, la lona se despliega a favor del viento y se tiende sobre la superficie. Es conveniente apoyar las zapatillas u otro peso en los extremos para que la lona no se vuele ni se enrosque. Jurídicamente, la lona delimita el territorio de posesión precaria que ocupa un sujeto desarraigado y nómade para yacer sobre la arena (*estoy en aquella lona*).

Para la filosofía, la lona es la metáfora perfecta del *ser-en-la-playa*. El yaciente está expuesto a belicosidades: puede ser arrollado por un jeep o una estanciera, o golpeado por una pelota de fútbol Nº 5. Yacer en la lona es siempre angustioso, y en la conciencia del que duerme ronda la angustia del animal en la selva. En la lona, el yaciente vive a solas con su anhelo de la otredad (el otro o la otra).

2. Tejido de cáñamo que, tensado sobre los parantes de una carpa y percutido por el viento norte al mediodía, emite un sonido seco, característico de los balnearios del sur argentino.

Luna. Astro que alumbra cuando está de noche sobre el horizonte.



Por
Alvaro Abós

mer
lo
su

La escritura y la muerte es el tema. Borges, Spinoza y Montaigne, Kafka, Novalis y algún otro cuya identidad se esconde en oportuna clave son los protagonistas. El libro –ganador en 1944 del Premio Alcalá de Henares, ya editado en España y que Editorial Sudamericana publicará en Argentina durante 1995– se titula *Merece lo que sueñas*. El autor de estos dos cuentos se llama Alvaro Abós (Buenos Aires, 1941), quien ya en sus últimos dos trabajos –las novelas *Restos humanos* y *El simulacro*– había entreverado lo cierto con lo supuesto para explorar los alcances de la muerte: la ajena, la pensada, la imaginada. Siempre la muerte.

Siempre amé las religiones, dijo Borges.

Siempre amé las religiones –dijo Borges– cuando toman la forma de la belleza. ¿Acaso la religión no es un retorno barroco hacia el origen? Y en ese caso, la teología no será sino una rama de la literatura fantástica. Mi intimidad con Dios, joven, es más bien sospechosa.

No eran aún las diez de una noche del invierno austral de 1979 y el escritor Héctor Bianciotti, que había llegado a Buenos Aires como enviado especial del *Nouvel Observateur*, llevaba unos minutos entrevistando a Borges. La cinta de su viejo grabador se deslizaba con el rumor de una llovizna cuando Bianciotti, a pesar de que conocía lo suficiente a Borges para no sentirse intimidado, detectó un ligero, imprecisable malestar. Lo atribuyó a la calefacción, o quizás a la blandura del complaciente sillón forrado de cretona en el que su cuerpo parecía sumergirse. Borges hablaba y hablaba, la entrevista fluía en un largo monólogo, apenas interrumpido por las acotaciones de Bianciotti.

–Cuando los antiguos sajones usaban la palabra "thor" no sabían demasiado bien si ese nombre designaba el dios de las tinieblas o el ruido que sucede al relámpago. Vivían en el corazón de esa antigua ambigüedad que la poesía se empeña en desentrañar. El drama es que las palabras se olvidan y se ha tornado pedante revivir su memoria. Encuentro que esto es misterioso como el universo...

El rostro de Borges era blando y carnoso. Una sonrisa estereotipada le asomaba de vez en cuando, una sonrisa incongruente. ¿De timidez o de cortesía? Entonces podía verse la fila de dientes perfectos, obviamente postizos. Los ojos enormes, asimétricos, semejaban globos enfocando hacia direcciones opuestas. Uno hacia abajo, en una vaga aproximación al interlocutor, era el ojo social de aquella cara. El otro apuntaba hacia arriba, el ojo místico perdido en el vacío del cielorraso, del espacio, del infinito.

–Mallarmé estaba obsesionado por la innovación –seguía diciendo Borges–. Era una gran vanidad porque el lenguaje comporta siempre algo de fatal. En el mejor de los casos, los innovadores devienen una curiosidad de museo para especialistas. En sí, la idea mallarmeana de un texto específico y personal es una convención que conduce a la religión o a la fatiga.

Borges era un anciano muy formal, con algunos toques extrañamente bohemios. Como una página de caligrafía perfecta en la que resaltaban unos manchones imprevistos, el traje era de corte clásico pero estaba demasiado arrugado. El pequeño nudo de la corbata oscura se cerraba sobre una camisa cuyas puntas de cuello insistían en levantarse. Los finos cabellos grises estaban bien peinados pero algunos mechones escapaban, volanderos.

Borges tenía labios delgados y sensuales, el superior algo tembloroso. Su voz sonaba con el tono amanerado común en los aristócratas de Buenos Aires: una voz desprovista de énfasis y su registro, sacudido por espasmódicas pausas, era coloquial. Arrastraba mucho las "elles" y su dicción lo hacía salivar exageradamente. Pequeñas gotas se formaban en la comisura de los labios. Sus manos eran blancas, nudosas, frágiles, con las clásicas pecas de los viejos. Aferraban el mango de un bastón de madera barata.

–Imaginemos a un ucraniano o a un persa que aprendieran el francés a través de la prosa o el verso de Mallarmé. Arriesgaría creer, luego de largos años de aprendizaje, que Diderot y Voltaire han manejado un dialecto rudimentario, incomprensible.

Afuera debía hacer mucho frío porque los vidrios estaban empañados, pero Bianciotti sintió que una gota de sudor le bajaba por el pecho. Fanny, la criada, había traído unas copas de jerez, dejando la bandeja de plata sobre una pequeña mesa. Los muebles eran oscuros. Las estanterías estaban llenas de viejos libros encuadernados. Una dulce modorra asedió a Bianciotti, sus ojos se cerraban. Hizo un esfuerzo para fijar la atención en las palabras de Borges, cuyo rostro le pareció que flotara en el aire viciado de la habitación. Una contracción comenzó a morder algún punto de su estómago.

–Borges está tan fatigado de ser Borges. Es algo que dura ya mucho tiempo –continuaba la voz–. Soy ciego, estoy condenado a la oscuridad de mi sola compañía. Y en la oscuridad, la promiscuidad conmigo mismo es más sensible que a plena luz. Entonces, a la primera ocasión, me evado. Abandono a Borges como una serpiente que se despoja de su piel. Por suerte, no soy sordo. Los sordos son siempre ridículos. Son personajes de comedia. Pobre Beethoven. A los ciegos, curiosamente, se les atribuye gran sabiduría. Reúno tres condiciones para que la gente tenga confianza en mí. Son ciego, viejo y poeta.

Aquella molestia incisiva perturbaba a Bianciotti. Bebió de un trago el jerez sólo para sentir que una sed devoradora se encendía en su interior. Se levantó de pronto y al hacerlo se asustó. ¿Habría interrumpido el soliloquio de Borges? Pero éste seguía hablando, imperté-rrito. Algo atrajo a Bianciotti en una repisa situada a la espalda del entrevistado. Caminó hacia allí. Los pies se deslizaban sobre una alfombra mullida, silenciosos. El anciano parecía no darse cuenta de sus movimientos. En la repisa había un portarretratos vuelto hacia la pared. La mano de Bianciotti lo tomó. Sus ojos alcanzaron a vislumbrar, durante un brevísimo instante, una imagen. Sintió en la muñeca el golpe restallante del bastón. Tronó una voz desconocida, flamígera, cortante como un latigazo:

–¡Deje eso!

Borges estaba a sus espaldas. ¿Cómo había podido verlo? Y la energía de aquel golpe... Y esa voz. Bianciotti, confundido, pensó por un momento que aquél no era Borges sino otra persona, un impostor. Confuso, volvió a sentarse en el sillón.

Cuando levantó la vista, advirtió que también Borges se había sentado, lo escuchó cuando retomó la letanía, como si nada hubiera pasado.

–Dicen que Borges es un individualista, que detesta el fascismo, el comunismo, la violencia de los imbéciles. Es cierto, a Borges le gustaría ser suizo, ciudadano de ese país ficticio en el que no se conoce el nombre del presidente.

¿Por qué hacía tanto calor? ¿Por qué Borges parecía no sentirlo? Bianciotti clavó la vista en el rostro cerúleo de Borges y sintió una náusea que le subía hasta la boca. Volvió a levantarse y, balbuceando una disculpa, fue hasta la ventana y la abrió. Al pasar junto al anciano le pareció advertir que llevaba un zapato marrón y otro negro, pero una parte de su mente se negaba a admitirlo y no quiso volver a mirar. El aire helado de la noche invernal le golpeó el rostro como un precioso alivio que llega en el último instante. Respiró hondo y el frío se deslizó por sus pulmones, disipando el malestar. El mundo volvía a ser lógico, todo estaba bien. Sólo había sido un ligero mareo causado por la excesiva calefacción. Quizás la emoción de esos días, su retorno al país. Pero sólo fue una tregua.

–La única ventaja de la ceguera –continuaba Borges– es que preserva los rostros amigos. Las mujeres que he conocido hace mucho tiempo y que aún frecuento, no han envejecido.

Bianciotti miró hacia afuera, hacia las sombras difusas, hacia los techos inciertos en la noche. La ciudad se extendía bajo la ventana. No era posible observar señales de vida desde aquel sexto piso, algo retirado de la línea del frente, de forma que la calle no era visible. Bianciotti asomó parte de su cuerpo fuera de la ventana.





...No puedo creer en esos infundios –mu-
a a sus espaldas la voz cavernosa– ¿Có-
podrían suceder esas cosas? Cadáveres,
inatos... Yo lo sabría...
ianciotti alcanzó a ver, hacia su izquierda,
ramo de la calle Charcas pero no distinguó
gún ser humano. Sólo, algunos metros más
, la mole gris de una mansión vagamente
oriana, la masa boscosa de los jardines, ro-
dos por un paredón, del Círculo Militar.
ianciotti cerró con brusquedad la ventana.
miraba Borges? ¿Cómo saberlo con aque-llos ojos discordantes? Recogió el magnetofón, musitó unas frases de despedida. Aún escuchaba las silabeantes frases de Borges cuando abrió la oscura, maciza puerta y se sumergió en la escalera.

Bianciotti caminó unos pasos por la desierta calle Maipú, pero no pudo contener la ansiedad. Puso en funcionamiento el aparato, apretó el botón del retroceso. En el frío de aquella noche de agosto resonó el zumbido de la cinta rebobinándose, y enseguida emergió la voz de Borges: "...¿Cómo podrían suceder esas cosas? Cadáveres, asesinatos... Yo lo sabría. Vivo frente al Círculo Militar...".

Y entonces, tapando la voz que se apagaba con un desfallecimiento de agonía, del aparato negro emergieron los gritos. Como si rebotaran en las paredes de la calle oscura, lóbrega. Aullidos inequívocamente humanos, estremecedores, convulsos.

Pájaros habaneros

Ya ni sé las veces que visité a Virgilio para pedirle su voto, siempre infructuosamente. Mira, Virgilio, le decía, aquí no se decide el Nobel, no es más que un modesto concurso de cuentos para jóvenes escritores cubanos. Y él insistía con que su voto estaba decidido, era para una cuento sobre dioses de la mitología islandesa, o escandinava. Se lo expliqué una y otra vez, al final creo que hasta con lágrimas en los ojos: mira, Virgilio, yo no soy más que un funcionario, un burócrata cultural, si tú quieres; yo organizo este concurso, y hay un participante que fue voluntario en el Escambray y los demás jurados lo han elegido, su cuento es una exaltación de la lucha revolucionaria; no te negaré, Virgilio, que hay cierto interés superior en que se premie este cuento. Es verdad que la lucha en el Escambray fue hace mucho tiempo, y el autor es bastante veterano, y elconcurso es para jóvenes valores, pero ya tú sabes cómo es la vida literaria, hace cuarenta años que estás en el ajo, Virgilio, no me digas que cuando vivías en Argentina, colaborabas en *Sur* y eras amigo de Victoria Ocampo las cosas eran demasiado diferentes, y al fin y al cabo, Virgilio, es sólo un modesto concurso de cuentos, no está en juego el destino de la literatura mundial, coño, por qué no me pones tu firma aquí y damos por concluido este brete, Virgilio, por lo que tú más quieras, Dios. El miraba por la ventana de su casita en la playa de Guanabo, era una humilde cabaña, casi un bohío, él miraba hacia el mar, como si buscara algo, como pidiendo perdón, y luego volteaba su mirada hacia mí, pero es que no discutía, no peleaba conmigo, se limitaba a mirarme con esos ojos mansos, tan tristes, e insistía con el voto en disidencia. Mira, Virgilio, le respondía yo, el fallo tiene que salir por unanimidad, qué mierda de concurso sería éste si el jurado elige a un participante pero Virgilio Piñera, el escritor de prestigio mundial, vota en contra del ganador, ¿acaso quieres que nos boten a todos a patadas, compadre? ¿Por qué tú crees que te eligieron como jurado? Para que le des brillo al evento, pues. Ahora que Lezama murió tú eres el más grande. ¿Hace cuánto que estamos con esta vaina, Virgilio? Se te ha metido en la cabeza ese cuento con el maldito Thorn, o Thor o como carajo se llame, y me das la lata, termínala ya, Virgilio. Lo iba a visitar temprano en la mañana. El mar relucía como la piel de un niño, y Virgilio siempre estaba levantado en la pequeña sala donde no había casi ningún libro, y donde lo único que delataba la morada de un escritor era la desvencijada maquinita portátil en un rincón, pero con frecuencia, cuando yo entraba, alguien salía. Amigos de Virgilio, mocetones fuertes con aspecto de marineros u obreros de la construcción, y Virgilio siempre me daba la misma explicación, es un amigo que está escribiendo un artículo sobre mi obra, o ha venido a leerme un poema. Aquellos muchachos no parecían aprendices de literatos, ay, Virgilio, y vuelta a discutir sobre el cuento, y él empecinado como una mula, hasta que un día me llegó el úcase, el concurso se tenía que fallar, pero también me enteré de un informe de Moralidad sobre lo que pasaba en la casita de la playa. Cristo, aquello era una cueva de pájaros, que Virgilio fuera un pájaro todo el mundo lo sabía en La Habana, y quien más quien menos hacíamos la vista gorda, pero él se estaba pasando, por aquella casita en Guanabo desfilaba un hombrerío, ya termínala Virgilio, qué tanta paciencia crees que tendrán contigo, no haces más que agregar complicaciones, en qué país y en qué época tú crees que viven, Virgilio, estamos en La Habana en 1979, carajo. Esta casa tuya es un puterío infernal, Virgilio, los de Moralidad ya te han hecho un informe y has quedado desplumado como pollo viejo, mi hermano, y encima ni siquiera accedes a firmarme el fallo del concurso de cuentos, ese muchacho, el voluntario del Escambray, no será Hemingway pero tampoco escribe tan mal, oye, no te pongas exquisito que esto no es París, Virgilio. Y él, flaquito, arrugado, liviano que parecía que una ráfaga se lo llevaría, me clavaba sus ojazos de maricón viejo, apagado tras las gruesas gafas, esa sonrisa escurrida que tenía, y me desarmaba. No te pases, Virgilio, no te pases que esto va a terminar mal. Hasta que un día las cosas se precipitaron, y me dieron la orden de arrancarle la firma, lo de la casita en la playa había pasado de castaño oscuro, y cogí el papel con el fallo, estaba ya medio ajado de tanto que lo había llevado en el bolsillo, y me dije ahora sí, ahora Virgilio llegó el momento de la verdad, como no firmes, pájaro, los de Moralidad te caerán encima. Mientras corría yo en la guagua por La Habana rumbo a la casa de Virgilio, tuve un mal presentimiento, y la mañana se puso negra y cayó un aguacero. Y cuando llegué a la casita, hallé que la puerta estaba llena de gente con aire cariacontecido, entré y nomás me topé con un ataúd de pino plantado en la sala, y dentro, muy compuesto, menudo como un gorrioncillo asustado, estaba Virgilio. ¡Se había muerto el muy cabrón! Aquello era un hervidero de gente, estaba la Seguridad del Estado y muchos corresponsales extranjeros, y un desfile de indeseables: por las trazas, intelectuales críticos, todo el pajarerío habanero y otros marginales, era casi un mítin opositor, hay que ponerle coto inmediatamente, me dijo al pasar, masticando un puro con rabia, un jefazo de Seguridad, y yo pensé para mí, carajo, Virgilio, es como si te hubieras muerto para no firmarme el fallo del concurso, cómo se puede ser tan testarudo. Al cabo de media hora, cargaron el cajón en una furgoneta mortuoria y partimos rumbo al cementerio de Colón. Yo iba junto al chofer y como las órdenes eran evitar cualquier aglomeración de gente, el chofer le imprimió una terrible velocidad al carro, para dejar atrás a los otros carros, a las bicis, y a la gente de a pie que pretendía seguir el cortejo. Y así emprendimos aquella carrera delirante por La Habana, a puro claxon: cuando los peatones veían aquel bólido negro a todo gas, huían despavoridos. A mi lado, el chofer mascullaba: "¿Te parece que tengamos que hacer todo esto por una loca que se murió?", protestaba. Y mientras le dábamos a Virgilio finalmente no había firmado, y lo rompí en pedacitos que fui botando, y que flotaron por un momento en el mediodía, como pájaros libres, y le contesté a mi compañero:

–Era una loca total. Pero qué par de huevos tenía.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

La lucha continua



Resumen: *El narrador es Pirovano, un ex arquero que usa un guante de guardavalla permanente en su mano izquierda mutilada para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con un Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Ahora anda tras "Paredón" (o Pandolfi) y Bowie; tiene un rehén y los cita en un taller mecánico.*

25 GRASA

A las seis menos cinco pasó, lento, un patrullero. A las seis menos tres entró un tipo interesado en el Torino y Catcher le dijo que no sabía si estaba en venta, que el dueño tenía que venir a llevárselo ya; que lo esperara. El tipo se fue. En la radio anunciaban un recital de Iggy Pop a las seis. Catcher tomó el último mate a las seis y dos. Se levantó y a las seis y cuatro. Puso la Harley en marcha y la dejó ahí, regulando. Con el segundo tema de Iggy salió a la calle, a la vereda.

Bowie estaba comprando un diario en el kiosco. Había otros clientes tan poco lectores como él, pero no el interesado en el Torino. El patrullero asomaba la trompa en la esquina.

Catcher se acercó al kiosquero y dijo:

–El dueño del Torino no vino a buscarlo todavía y yo necesito un repuesto para el Duna antes que cierren; si viene, que me aguante un cachito. Diez minutos, José. Que no se vaya.

El kiosquero lo miró y dijo:

–Andá tranquilo.

Bowie lo miró y no dijo nada. Ese Catcher no era Catcher para él, pero algo tenía. Tenía guantes.

Bowie estiró la mano y retuvo el brazo del mecánico:

–Disculpame; ¿hacés fierros, vos? –y le tanteó los bíceps.

Catcher sonrió apenas:

–No necesito.

Y quiso volverse, pero Bowie lo retuvo:

–Pará.

Con el gesto del que aparta una cortina, Catcher se deshizo del brazo extendido y, a la salida del mismo movimiento, se le afirmó con ambas manos engrasadas en los hombros:

–¿Sabés qué pasa?: yo laburo –dijo. Después tomó distancia y lo soltó hecho un asco.

Bowie no hizo nada. Ni siquiera se miró las marcas oscuras en la camisa. Quedó inmóvil, viendo cómo Catcher retornaba al taller. Después de unos segundos hizo un gesto para contener a los demás, sacó una navaja y lo siguió tres pasos atrás.

Catcher lo advirtió de reojo y se puso alerta; oyó que el otro lo conversaba entre dientes pero no logró entender qué le decía. Así entró al taller y se dirigió directamente a la moto en marcha, como si se desentendiera de lo que se movía amenazante a sus espaldas. –Quedate ahí –dijo Bowie bruscamente y le apoyó la navaja bajo las costillas.

Catcher ni siquiera se volvió. Curiosamente, Iggy Pop seguía cantando como si nada.

–¿Me vas a matar?

–No. ¿Hay salida por atrás?

–No –y esta vez sí se dio vuelta. No entendía.

Bowie tenía ahora también un revólver en la otra mano.

–Nos vamos a ir juntos –dijo de pronto–. Subite a la moto.

–No entiendo.

–No te hagas el boludo, que los dos somos boleta... –dijo Bowie con la voz estrangulada–. Subite, carajo.

Catcher sintió en esas palabras la oscura determinación del que está definitivamente jugado.

Se trepó a la Harley y el otro se encaramó detrás, sin apartar la navaja de sus costillas.

–Salí para la izquierda en contra y no pares aunque... –dijo Bowie.

Precisamente de la izquierda y por su mano, justo en ese momento apareció el patrullero y clavó los frenos. Alguien gritó.

Catcher aceleró hacia la salida y sintió dos disparos; se encogió sobre el tanque para no ofrecer blanco mientras Bowie hacía fuego también. Pero fue un solo tiro. Vino la respuesta nutrida y Catcher oyó un quejido a sus espaldas.

Fue todo en un instante. Mientras Catcher sentía cómo claudicaba el brazo ceñido a su cintura, la moto se desequilibró por el peso perdido de un lado y fue derrapando casi horizontal, hacia el pilar de la entrada. Bowie rodó laxo, buscado por nuevos balazos. Catcher se arrojó contra la pared tratando de salir de la línea de fuego y de un salto se colgó de la cadena que pendía, tensa, junto a la columna lateral. El eslabón enganchado zafó, y la cortina se derrumbó con un ruido infernal.

Luego de un momento de tregua, los disparos siguieron ensañándose con ella, perforando la oscuridad.

Catcher se tiró junto a Bowie, que agonizaba:

–Yo no fui... –fue lo único, lo último que dijo.

Eso y el ademán de soltar la navaja como si le quemara, como si le hubiera quemado durante mucho tiempo, bastaron para Catcher.

Lo vio, lo oyó morir. Después recogió el arma y se zambulló en el foso mientras reventaban el portón.

Salí de la red en la terminal de Primera Junta y tomé el subte. Bajé en Sáenz Peña y no fui a la cúpula sino que subí directamente a la oficina.

Mupi se sorprendió al verme. No me esperaba tan temprano pero hizo un gesto de alivio mientras señalaba hacia el privado:

–Unos tipos raros, hace dos horas que están, Pedro... –dijo en un susurro–. No quisieron esperar acá y tuve que abrirles.

Menos mal que no había optado por la entrada secreta. Realmente, mi seguridad era deplorable.

–¿Quiénes son? –dije mientras sonaba el teléfono una vez más.

Mupi atendió y yo me dediqué a espiar clásicamente por el ojo de la cerradura: dos árabes de barbita, túnica y todo me esperaban.

–No puede ser –dije en voz alta.

Todo podía ser. El del teléfono era Zambrano; lo atendí esperando lógicamente lo peor.

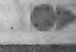
–Si supieras de dónde y para qué te hablo no te harías el estrecho conmigo –me dijo canchero.

–¿Qué pasa?

–El Presidente quiere verte, Pirovano.

Traté de prestarle atención a lo que me decía pero algo me distrajo. Tenía el dorso de la mano sucia de grasa. De grasa y de sangre.

Mañana
26. Cabos atados.



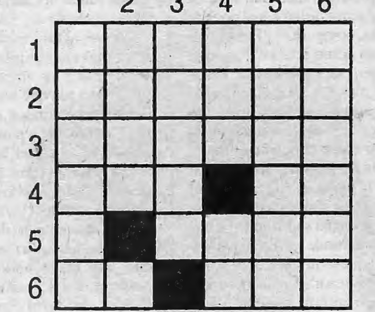
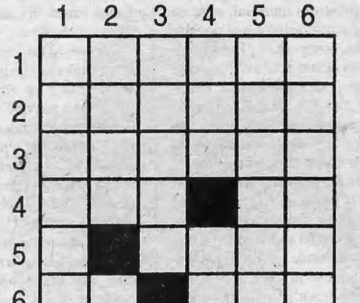


¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Atento.
2. Concejales.
3. Moneda.
4. Junte./ Se.
5. Urna.
6. La./ Nivel.

VERTICALES
1. Tuétano.
2. Nido.
3. Nadir.
4. Leo./ Ru.
5. Tranquila.
6. Oseas.

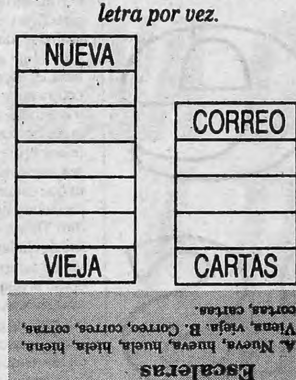



¿Anagrama o sinónimo?

MODOSO
EDILES
DINERO
UNA■ES
L■RUNA
AL■RAS

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

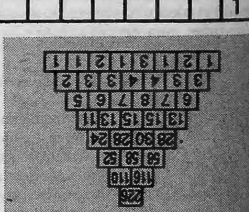


Escaleras
A. Nueva, hueva, huela, hiela, hiena, Viena, vieja. B. Correo, corres, corras, cortas, cartas.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

226							
58		52					
13		15					
			4		3		
							1



CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Dioses

1.Baal	A.Egipcios
2.Osiris	B.Fenicios
3.Venus	C.Griegos
4.Zeus	D.Romanos

Pintores

1.Rembrandt	A.Ruso
2.Velázquez	B.Francés
3.Gauguin	C.Español
4.Chagall	D.Holandés

Ríos en el cine

1."Río Rojo"	A.Jhon Ford
2."Muerte en el Nilo"	B.Mia Farrow
3."Misisipí en llamas"	C.Peter Finch
4."El puente sobre el río Kwai"	D.Alec Guiness

¿Y su nombre?

1.Mario	A.Benedetti
2.Jorge	B.Cortázar
3.Ernesto	C.Cardenal
4.Julio	D.Amado

Correspondencias
Dioses: 1-B, 2-A, 3-D, 4-C. Ríos en el cine: 1-C, 2-B, 3-A, 4-D. Pintores: 1-D, 2-C, 3-B, 4-A. ¿Y su nombre?: 1-A, 2-D, 3-C, 4-B.